

MIRTHA LISCHETTI
EN: ANTHROPOLOGIA - FUND EBA - 1994 - PP.
226 a 2

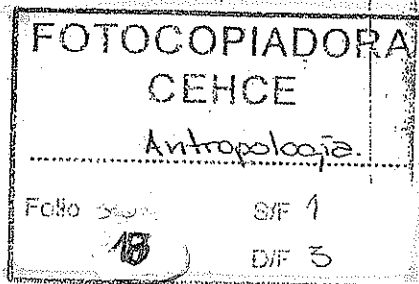
NATURALEZA Y CULTURA

Es necesario contar con la materialidad del cuerpo y con los límites biológicos que para toda vida humana, tanto de la especie como del individuo, suponen la enfermedad, la decrepitud y la muerte. También es necesario entender las capacidades humanas como características de la especie, devenidas en el proceso evolutivo, pero es aquí donde la naturaleza social del hombre se entreteje con su originaria naturaleza animal.

"En efecto, el hombre es un animal con atributos únicos: el ser completamente erecto, con una espina dorsal de doble curvatura, barbilla prominente, pies arqueados, que sirven para andar, son —entre otras— características estructurales propias (Ver Tapia, Pinotti, Icasate); pero fundamentalmente es su cerebro (no sólo mucho mayor sino, sobre todo, funcionalmente más elaborado que el de cualquier otro animal) de donde derivan la mayoría de sus características específicas y exclusivamente humanas. Y es la evolución seguida por el cerebro de los homínidos lo que nos permitirá descubrir en qué momento de este proceso las leyes biológicas resultarán insuficientes ya para completar su explicación", (Sirkin, A. op. cit.).

En el primer estadio de la evolución, dominan, únicas las leyes de la biología, pero en una segunda etapa, cerebro, mano y órganos vocales se articularán en el despliegue de una nueva realidad surgida con el hombre: la de la vida social, el trabajo y la comunicación simbólica. Durante esta segunda etapa los cambios biológicos se producen bajo la creciente influencia del trabajo y de los intercambios verbales que esta praxis produce. El hombre crea una nueva dimensión entre él y la naturaleza, para adaptarse a ella transformándola, y esta actuación es necesariamente social. La dimensión social pasa a ser así condición de su propia supervivencia biológica, y presiona selectivamente en la dirección de los cambios más favorables para asegurar su adaptación y reproducción. El hombre se va independizando de los cambios biológicos para quedar de manera exclusiva bajo las leyes de la sociedad y de la historia. En los últimos milenios las particularidades biológicas de la especie no se han modificado, o las modificaciones han sido tan pequeñas que no han repercutido en las condiciones de la vida social. A partir de un determinado momento, las transformaciones producidas y acumuladas por el hombre en el curso de la historia, ya no se fijan bajo la acción de la herencia biológica, sino bajo la forma de fenómenos externos de la cultura, que se transmiten de generación en generación merced a una capacidad exclusiva del hombre: el lenguaje simbólico.

Cada sujeto aprende a convertirse en hombre. Para vivir en sociedad no le basta con lo que la naturaleza le dio al nacer, debe asimilar además lo que la humanidad ha alcanzado en el curso de su desarrollo histórico. El hombre crea y produce, despliega, a diferencia del animal, una acción transformadora. Transforma-



ma el medio en el que vive, de acuerdo a sus necesidades; crea objetos capaces de satisfacerlo y crea medios para producir esos objetos. En este proceso se modifica a sí mismo y a los demás hombres. Crea relaciones sociales y las transforma, produciendo modos de actividad específicos, conocimientos, valores, normas, etc.

Cada generación comienza a vivir en un mundo de objetos y fenómenos creados por las generaciones precedentes, las que le transmiten ese mundo de significados y objetos culturales, cuya asimilación le permitirá adquirir aptitudes y propiedades específicamente humanas. Pero esta asimilación depende a su vez de una premisa biológica: el cerebro humano. Lo cual no significa que el psiquismo esté "contenido" en el cerebro, ni que pueda identificarse actividad *psíquica* con *actividad nerviosa superior*. La actividad nerviosa superior es el sustrato material que, en interacción con la sociedad y la cultura, hace posible ese mundo de imágenes, ideas, anhelos, sentimientos, actitudes, etc. que se denomina psiquismo.

En las últimas décadas, se produce un avance significativo en las investigaciones sobre neurofisiología del sistema nervioso superior. Estas investigaciones muestran que las localizaciones de las funciones psíquicas no son centros cerebrales innatos y fijados de antemano, sino que se caracterizan por su dinamismo. El cerebro es pensado como un sistema autorregulador complejo. Los procesos que constituyen la base de la actividad psíquica se apoyan sobre todo el sistema funcional de zonas cerebrales que trabajan en forma conjunta; las zonas correspondientes se integran mediante conexiones neuronales y están dotadas de gran plasticidad por cuanto pueden reemplazarse y complementarse. Pero lo que interesa señalar es que tales sistemas no están preformados desde el nacimiento, sino que se constituyen en el curso de la vida en sociedad de cada sujeto. El cerebro responde a una ley biológica de la especie (genéticamente heredado), pero tiene la capacidad de producir situaciones de carácter funcional (conexiones neuronales estables) que se establecen según las experiencias que el sujeto va realizando en y con el medio social, durante su proceso de asimilación a la cultura. Esta asimilación es un proceso de actividad transformadora por el que se van formando los procesos internos de una vida mental, de la conciencia, de la subjetividad. Todo sujeto orgánicamente sano nace con la capacidad para organizar y reorganizar tales conexiones neuronales. Pero si no hay contacto con un medio social, del cual nutrirse, para formar las imágenes psíquicas, la capacidad del cerebro no despliega su potencialidad. El medio socio-cultural (fuente del psiquismo) no es captado por el sujeto de manera directa, sino a través de la intermediación humana. La cultura le es transmitida por otros hombres en el marco de las relaciones que establece con ellos desde su nacimiento. Esta comunicación se realiza por distintas vías, pero la fundamental es el lenguaje verbal, que no sólo tiene la función comunicativa, sino que es el medio a través del cual se forman las imágenes internas del psiquismo. (Sirkin, A. op. cit.)

Cuando el infante humano nace no aporta solamente las estructuras psicofisiológicas heredadas, sino que rebasa los límites de la herencia genética. Es hereditario aquello que se debe a los genes y constitucional, todo aquello que el infante trae al nacer, pero que no es hereditario. El feto tiene una vida fisiológica y psicológica intrauterina. Esta vida prenatal es, en parte, función del "medio materno", es decir del estado físico y fisiológico de la madre, así como de su estado psicológico.

Los accidentes de parto y las reacciones psíquicas del niño al nacer pueden corresponder también a los elementos constitucionales dados. Por esto lo constitu-

cional, desborda lo puramente hereditario. Paradójicamente, se puede considerar que los elementos adquiridos "in utero", forman parte del recién nacido, o sea que la nurtura contribuye a formar la natura.

Por otra parte, no todas las estructuras que constituyen la "naturaleza" dada están presentes en el momento del nacimiento. La existencia de estadios de desarrollo locomotor y lingüístico en el transcurso de la primera infancia, muestra que ciertas formas de conducta no aparecen hasta que la organización muscular, neurovegetativa y cerebral hacen posible su aparición. Diversas investigaciones han establecido que es inútil enseñar a caminar a un niño antes del tiempo requerido, porque caminará a su debido momento; y se podría generalizar esta observación a la adquisición de todas las conductas relacionadas con la maduración.

Ahora bien, la maduración, por su parte, no brinda más que posibilidades de acción: la actualización de estas posibilidades es función del ambiente. Las experiencias muestran que el adiestramiento es inútil antes de una madurez orgánica suficiente, pero que en cierto momento se torna necesaria. La posición vertical pertenece a la naturaleza del hombre, pero el niño no caminará si no se le enseña a caminar.

Vemos, entonces que existe una dificultad para distinguir lo adquirido de lo dado, ya sea al nacer o en el proceso de maduración. Algo dado existe en todo sujeto, pero no se trata de una naturaleza acabada. (Filloux, op. cit.)

A diferencia del animal, el hombre puede evocar los objetos ausentes alejados en el tiempo y en el espacio, por medio de la puesta en marcha de diversos sustitutos: retratos, esquemas, símbolos, signos, palabras del lenguaje, imágenes mentales, conceptos. El retrato re-presenta (vuelve a hacer presente) a la persona, la estatua al dios o al santo, el embajador al jefe de estado, el abogado a su cliente, el actor al personaje, la cruz al cristianismo, el mapa el país, la palabra, la imagen mental o el concepto al objeto. (Paulus: "La función simbólica y el lenguaje").

Se reemplaza la experimentación efectiva sobre los objetos por la experimentación verbal o mental sobre los signos. Esto se produce por medio de la función simbólica o representativa.

La capacidad de representación o simbolización es propia de nuestra especie; el símbolo re-presenta a un objeto. Aunque pueda usarse símbolos de distintos tipos, como vimos en el párrafo anterior, el lenguaje constituye el sistema de símbolos convencionales más acabado.

"El lenguaje representa la forma más alta de una facultad inherente a la condición humana, la de simbolizar. Queremos decir con esto, en un sentido muy amplio, la facultad de representar lo real por un "signo" y de comprender "signo" como representante de lo real y consecuentemente establecer una relación de significación entre algo del uno y del otro.

El lenguaje reproduce la realidad: la realidad es producida de nuevo por una interpretación del lenguaje. El que habla hace renacer, mediante su discurso el suceso y su propia experiencia de él. El que oye, capta primero el discurso y por su mediación el suceso reproducido. Así, el intercambio y el diálogo, situación inherente al uso del lenguaje, confiere al acto del discurso una doble función: para quien habla, reproduce la realidad; y recrea esta realidad para quien escucha. De esta forma, el lenguaje se hace instrumento de comunicación intersubjetiva. (Benveniste: Problemas de lingüística general).

Otra particularidad importante del lenguaje es su gran productividad, en la percepción, y comprensión de palabras y oraciones se encuentra la capacidad de reconocer estructuras semejantes entre palabras ya conocidas y otras completamente nuevas.

Para la producción real del habla no es necesario que el sujeto posea los prerrequisitos anatómicos y fisiológicos. En el caso del hombre, tenemos niños que han aprendido a entender el lenguaje, pero que no pueden hablar. En el caso de los animales, tenemos aves que pueden hablar, pero que no proporcionan pruebas de la comprensión del lenguaje.

La adquisición del lenguaje, en el hombre, no depende de la existencia de estructuras acústicas. Existen muchos ejemplos de gente sorda y ciega que ha construido sus capacidades lingüísticas sobre configuraciones de estímulos percibidos táctilmente. La historia de Hellen Keller es ilustrativa de lo que decimos: Esta niña había perdido la vista y el oído a causa de una enfermedad a edad muy temprana. A los siete años es tomada a su cargo por una institutriz, Miss Sullivan, quien va a intentar un método de acercamiento y contacto a través de una de las vías sensitivas posibles: el tacto. Miss Sullivan hacía que la niña tocara los contornos de los objetos y después escribía la palabra correspondiente en la palma de su mano. Al comienzo, esta palabra así registrada, era sólo algo físico para la niña. Hasta que transcurrido un mes de aplicación de este método, mientras jugaban en el jardín, la maestra escribe la palabra agua en la palma de su alumna, en el momento que el líquido fluye desde la canilla. En ese instante H. Keller se da cuenta del lenguaje, se da cuenta de que cada objeto tiene una palabra que lo nombra. Esas palabras eran más que la realidad física de sentir garabatear la palma de su mano. A partir de ese momento pasaron a ser símbolos. La niña fue transformada por esa experiencia: "Me alejé de la glorieta y sus madre selvas, impaciente por aprender —escribe más tarde H. Keller— Cada cosa llevaba un nombre y cada nombre hacía nacer un nuevo pensamiento. Cuando regresábamos a la casa, todo objeto que tocaba mi mano parecía palpitar con vida. Ello se debía a que veía todo con la nueva y extraña vista que había llegado a mí." (L.A. White: La ciencia de la cultura).

La actividad sensoriomotriz y la actividad representativa basada en la función simbólica son dos actividades diferentes, si bien la última necesita de la primera para desarrollarse, sin que sea imprescindible que se trate de una actividad sensoriomotriz específica, por ejemplo vista y habla. Aunque el lenguaje se expresa en el habla, ésta no lo determina.

Los orígenes del lenguaje auditivo-verbal (habla) se confunden con las de la humanidad. Luego, en el neolítico, aparece, un segundo sistema de signos, el visomanual (escritura). El simbolismo gráfico expresa en el espacio, lo que el lenguaje fonético expresa en la dimensión del tiempo.

En cuanto a la distinción entre el lenguaje animal y el lenguaje humano pensamos que la distinción pavloviana entre el primer y segundo sistema de señales representa bastante bien la diferencia que media entre unas respuestas regidas por las típicas leyes de condicionamiento y unas operaciones cognoscitivas donde unas señales señalan a otras, según reglas. En un caso, el aprendizaje se efectúa por conexiones consolidadas en virtud de la práctica y de refuerzos ajenos a la comprensión de la relación entre el estímulo y la respuesta. En el otro, la operación consiste justamente en comprender tal relación.

Los intentos de enseñar lenguaje a los simios (N. Kellog: Gua, 1968; Gardner

y Gardner: Washoe, 1968; Premack: Sara, 1971) han demostrado que estos no poseen capacidad lingüística. Si bien todas las especies se comunican de alguna manera, esto es, utilizan signos para transmitir y recibir información; en ninguna de ellas se presenta el caso de que los signos que utilizan puedan connotarse con el significado de otros que han sido acumulados en un sistema cultural, producido históricamente. El lenguaje humano es algo más que una simple respuesta a los estímulos inmediatos del entorno. Los animales pueden expresar emociones, pero no pueden hacer referencia directa o específica a ningún objeto. Por eso, cuando hablamos de competencia lingüística nos referimos, reiteramos, a un comportamiento de nuestra especie. La práctica lingüística en el ser humano forma incesantemente nuevas situaciones, recrea otras, constituyendo una productividad ilimitada.

Quisiéramos concluir con la opinión que sobre el tema que nos ocupa, encontramos en un libro de Biología de reciente edición (Curtis, H. y Barnes, N.S.: Biología. Panamericana. Bs.As., 1992):

"La biología de la conducta humana. Es tentador —en verdad, casi irresistible— trazar paralelos entre el comportamiento de los humanos y el observado en otras especies. Hasta qué punto estos conceptos concernientes a la evolución del comportamiento pueden extrapolarse a la especie humana, es una cuestión que se debate actualmente. Un grupo de biólogos sostiene que la especie humana básicamente no es diferente de cualquier otra especie, que nuestros genes son tan egoístas como los de cualquiera, y que si buscamos modificar la conducta humana para el bienestar común, deberíamos comprender sus raíces. Un grupo de opositores sostiene que mientras los tempranos antecesores humanos pueden haber sido gobernados por sus genes en el pasado, los humanos modernos son también producto de su cultura y de su experiencia individual y, por consiguiente, aquellos análisis ya no son válidos. Además, pueden ser peligrosos. Señalan que el concepto de que la biología determina la conducta humana yace en las raíces de todas las nociones de superioridad racial. Así, ha proporcionado la fundamentación para la esclavitud, la explotación y el genocidio. Más comúnmente, la noción de que nuestra conducta está determinada, hasta cierto grado biológicamente, nos permite perdonarnos, a nosotros mismos por la violencia, la agresividad, la docilidad y la codicia, e inclusive, justificarlas."

Bibliografía

- ALTAN, C. T., *Manuale di Antropologia Culturale*, Studi Bompiani, Milán, 1979.
- ANDERSON, P., (1983), *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986.
- AZCONA, J., *Antropología Biosocial*, Cuadernos Anthropos, Barcelona, 1982.
- BALANDIER, G., (1983), *El Desorden*, Gedisa, Barcelona, 1990; (1985) *Modernidad y Poder*, Júcar, Madrid, 1988.
- BATESON, G., *Espíritu y Naturaleza*, Amorrortu, Buenos Aires, 1980.
- CANGUILHEM, G., (1966), *Lo normal y lo patológico*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
- CHAUVENET, A., (1977) "Biología y gestión de los cuerpos", en ACHARD, P. y otros *Discurso biológico y orden social*, Nueva Imagen, México, 1980.
- DUFRENNE, M., *La personalidad básica*, Paidós, Buenos Aires, 1959.
- GOULD, S. J., *La falsa medida del hombre*, Hispanamérica, Buenos Aires, 1988.
- GUMPERZ, J. y BENNET, A., (1980), *Lenguaje y Cultura*, Anagrama, Barcelona, 1981.
- GUSDORF, G., *Introduction aux Sciences Humaines*, Publications de la Faculté des Lettres del Université de Strasbourg, Paris, 1960.
- HARRIS, M., (1968), *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI, México, 1991.
- 1993 (1989), *Nuestra Especie*, Alianza, Madrid.
- KLINEBERG, O., (1957), "El concepto de naturaleza humana", cap. VI de *Psicología Social*, en GERMANI, G. y GRACIARENA, J., *De la sociedad tradicional a la Sociedad de masas*, Departamento de Sociología, UBA, Buenos Aires, 1961.
- LAGE, E. (1977), "El Pecado capital de la Etolgía", en ACHARD, P. y otros, *Discurso biológico y orden social*, Nueva Imagen, México, 1980.
- LAPESA, R. Corrd, *Comunicación y Lenguaje*, Kurpos, Madrid, 1977.
- LENNEBERG, E. (1967), *Fundamentos biológicos del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1975.
- LENTIN, F. (1977), "Ecología y Biología", en ACHARD, P. y otros, *Discurso biológico y orden social*, Nueva Imagen, México, 1980.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1949), *Las estructuras elementales del Parentesco*, Paidós, Buenos Aires, 1969.
- MIDGLEY, M. (1978), *Bestia y Hombre*, F.C.E. México, 1989.
- MONOD, J. (1970), *El azar y la necesidad*, Tusquets, Barcelona, 1988.
- MONTAGU, A. (Ashley Montagu) (1976), *La naturaleza de la agresividad humana*, Alianza, Madrid, 1983.
- MORIN, E. (1973), *El paradigma perdido*, Kairós, Barcelona, 1978.
- OGBURN Y NIMKOFF, M. F., *Sociología*, Aguilar, Madrid, 1955.
- PIAGET, J. (1964), *Seis Estudios de Psicología*, Seix Barral, Barcelona, 1977.
- PRIGOGINE, I.; STENGERS, I., (1979), *La nueva Alianza*, Alianza, Madrid, 1983.
- SABATER PI, J. (1978), *El chimpancé y los orígenes de la cultura*, Anthropos, Barcelona, 1984.
- SAHLINS, M. (1976), *Uso y abuso de la biología*, Siglo XXI, Madrid, 1982.
- SAZBÓN, J., *Saussure y los fundamentos de la lingüística*, Ceal, Buenos Aires, 1982.
- SCHMIDT, A. (1962), *El concepto de naturaleza en Marx*, Siglo XXI, México, 1983.

- SHEPHER, J., *Incest*, Academic Press, New York, 1983.
- SIRKIN, A., "La naturaleza Social del hombre", Ficha de cátedra, 1982.
- SPERBER, D., *El simbolismo en general*, Promoción Cultural, Barcelona, 1978.
- SPITZ, R. (1957), *No y Sí. Sobre la génesis de la comunicación humana*, Hormé, Buenos Aires, 1987.
- VIGNAUX, G. (1977), "Los argumentos para una nueva lógica de lo viviente", en: *Discurso biológico y orden social*, Nueva Imagen, México, 1980.
- WILDEN, A. (1972), *Sistema y Estructura*, Alianza, Madrid, 1979.

Notas

¹ Contribuyen también a cuestionar la autoridad teológica y a despejarle el camino a Darwin, las nuevas teorías acerca de la edad de la tierra (Hutton, 1778; Lyell, 1830): "poca duda puede haber de que fueron los *Principios de Geología* de Lyell, los que liberaron a la mente de Darwin de los grilletes de la cronología bíblica" (Harris, M., op. cit.).

² MALTEIUS, T. (1798; 1803) era el responsable de pensar que una porción considerable de la humanidad estaba para siempre condenada a la miseria por el desequilibrio existente entre la capacidad de reproducción y la capacidad de producción. Se señala que esta idea sobre la sociedad contribuyó a forjar en la mente de Darwin el concepto de selección natural.

³ Desde el psicoanálisis surge el concepto de pulsión (TRIEB; Freud, 1905). *Trieb e instinkt* se distinguen en lengua alemana en la obra de Freud. *Instinkt* se usa para calificar un comportamiento animal fijado por herencia, característico de la especie. *Trieb* (pulsión) se establece en la descripción de la sexualidad humana y nombra a un impulso, o empuje proveniente del interior del organismo que promueve la pregunta ¿se trata de una fuerza somática o de una energía psíquica? La respuesta da cuenta de un concepto límite entre lo somático y lo psíquico; la pulsión, es para Freud, un representante, es una especie de delegación enviada por lo somático al psiquismo. (Laplanche, Pontalis: *Diccionario de Psicoanálisis*, Labor, 1981.)